

Etapa 9. Almendra - Cidadelhe

21 de febrero de 2020

Antes de hacer una etapa busco el mapa geológico de la zona por la que voy a pasar. En la página del [Geoportal del LNEG](#), Laboratorio Nacional de Energía y Geología de Portugal no tienen el que corresponde al oeste de Figueira de Castelo Rodrigo. No me extraña. Una vez atravesado ese terreno piensas que lo han dejado para más adelante porque no corre prisa constatar que todo es granito. Y según te acercas al valle del Côa su presencia más los alcornoques, os sobreiros, conforman un paisaje de una belleza seca, austera, antigua, de blanco y negro, que a nuestra taxista no le hacía gracia ninguna.

Se vino Miguel conmigo. Juntos habíamos llegado a Barca d'Alva en la etapa siete. Para ésta me había descargado dos archivos KML que se abren con el Google Earth del móvil aprovechando que el camino que nos tocaba forma parte de la Grande Rota do Vale do Côa y en su [página web](#) se ofrece la documentación necesaria para realizarla. La gran ruta empieza prácticamente en La Raya a la altura de Navasfrías (Salamanca) con el nacimiento del río y acaba en su desembocadura en el Duero, en Vila Nova de Foz Côa. Además había metido en la mochila el cargador portátil para el móvil. Imposible perdernos...

Almendra era otro pueblo distinto al que visitamos en la anterior etapa. El sol empujaba a la gente a la calle y la luz que nos acompañó todo el rato convertía en más próspero todo lo que veíamos. Nuestra única preocupación era mirar cada poco el móvil para asegurarnos que el punto azul de nuestra ubicación no se apartaba de la línea amarilla que señalaba el trayecto. Cogimos la carretera poco después de pasar al lado de una casa aislada de la que solo quedaban las paredes de granito. En nada abandonaríamos el asfalto para seguir el camino.

Pero no pudimos seguir la línea amarilla. La finca a la que teníamos que acceder tenía la verja cerrada y reforzada con alambre para que quedara claro que por allí no se pasaba. Criticamos el egoísmo del señor portugués al que le molestaba que los caminantes pisaran su propiedad. Carretera adelante, 370 metros exactamente, encontramos un camino a la derecha y, muy cerca, una portera abierta que nos invitaba a entrar. Cruzamos un regato sin nombre cubierto de flores blancas y hierbas verdes, ranúnculos acuáticos, y pasamos al lado de una nave con ovejas, un tractor y un perro que no ladraba. Tudo bem.

El señor portugués volvía a hacer de las suyas. Esta vez había añadido a otra verja cerrada que cortaba el camino una línea de alambre de espino. Desandamos un kilómetro y medio, se acercó el perro que seguía sin ladrar, cruzamos el regato y abrimos la portera antes abierta por donde debía haber salido el tractor que habíamos visto. Para matar el disgusto comimos pan con salchichón y una naranja sentados en una piedra ancha de granito al borde del camino que parecía bordear la finca prohibida.

Al seguirlo llegamos a Algodres sin ninguna interrupción. Era el momento de pedirle disculpas al señor portugués que había cerrado sus tierras al paso de senderistas. No hace falta pasar por terreno privado para hacer esta ruta. Suponemos que el otro señor, o señora, portugués que dibujó la línea amarilla quería evitar un tramo de carretera, pero no llega al medio kilómetro y no es peligrosa.

En Algodres, poco después de la fuente romana que encontramos al principio del pueblo, vimos las señales de la gran ruta del Côa y ya las disfrutamos hasta Cidadelhe. De camino hacia el valle del río entramos en la reserva Faia Brava. En su [página](#) explican que es “parte de una zona de intervención forestal, donde ATN y otros 30 propietarios de bosques se han comprometido a desarrollar un proyecto conjunto para la gestión sostenible del alcornoque”. El ecoturismo también está entre sus objetivos y el caminante disfruta de senderos bien señalados entre el granito y los alcornoques, algún cartel explicativo, un sobreiro centenario y el cruce con algún grupo de caballos que pastan por allí.

Salimos por una portera de la reserva y por la carretera fuimos bajando al único puente sobre el río Côa al sur de Vila Nova de Foz Côa. Peñas, vegetación baja y colinas por donde discurre el río desnudo; ni un espacio donde sembrar nada, terreno donde solo las cabras encuentran amparo. La mayor parte del desnivel entre el río y Cidadelhe, poco más de doscientos metros, se vence por la carretera. El tramo final por un sendero entre las laderas del Côa, suaves pendientes que no deben haber cambiado mucho desde los tiempos en los que el hombre del Paleolítico cazaba por allí y dejaba su impronta en grabados de venados en el berrocal.

Dos palomares nos dieron la bienvenida al pueblo. Una señora al pie de una casa de paredes de granito, como casi todas las que vimos, donde dos hombres arreglaban el tejado, nos dijo que aunque había varias casas rurales no había un lugar para comer. Subimos, pues, del barrio de abajo, de la iglesia de Santo Amaro, al de arriba, de la capilla de San Sebastián. Nos sentamos a la sombra al lado de la carretera que une Pinhel con Figueira do Castelo Rodrigo. Un cartel presentaba Cidadelhe como “o calcanhar (talón) do mundo”, versión más fina que la expresión de Saramago en su Viaje a Portugal, que presenta al pueblo, antes de dedicarle varias páginas llenas de cariño al lugar y a sus habitantes, como el culo del mundo.

Después de ver cómo un matrimonio nos miraba con cara de extrañeza desde su coche al pasar a nuestro lado mientras les hacíamos autostop, llamamos al taxi de Algodres. Nos atendió una señora que nos garantizó que a las tres (portuguesas) nos recogería. Y a la media hora en un mercedes negro llegó, como los que llevaban a los toreros desde el Gran Hotel de Salamanca, hace años desaparecido, a la plaza de toros de La Glorieta. Como decía al rato Miguel, “es como si nos hubiera venido a buscar mi madre”.

No sabría decir si tenía sesenta y cinco o setenta y cinco años, pero sí la energía de quien sabe perfectamente lidiar lo que toca. Delgada, menuda, le sobraba coche por todos los lados. Traía una especie de bata de andar por casa, con sus rombos de

rigor, pero, al no tener mangas, abrocharse con botones y llegarle por encima de las rodillas, la prenda tenía un aire de batín que le sentaba estupendamente. Sonaba Amalia Rodrigues y pensé que sería la radio. No. Era una cassette, lo que correspondería en ese decorado, o un cd. Ante esa elección consciente, le dije ¿Amália? Hasta el fin, me contestó. Ya puestos, le pregunté por Mariza, una de las divas del fado actual, y creí entender que estaba bien, pero que no era inmortal como la gran Amalia. Mientras bajábamos despacio para atravesar el Côa nos dio su opinión sobre ese paisaje que gustaba tanto a los turistas.

Aquella tierra no da para que la gente que allí nace tenga para vivir. Quise saber si tenía hijos. Hijos y nietos, pero no están aquí, están en La Ciudad. Pensé que se refería a Guarda, y me contestó que no, que La Ciudad era Lisboa. ¿Y Oporto? No, Lisboa. Para ella y para su gente, supongo, Portugal es una provincia enorme con una capital, La Ciudad, aunque esté a trescientos kilómetros.

Nos paró en un restaurante en Almendra, llamó por su nombre a la cocinera y le preguntó si nos daba de comer. Con todo arreglado, se metió en su mercedes negro y volvió a Algodres. Nosotros nos bebimos unas Superbock negras sin alcohol y nos comimos unos filetes de cerdo con una bandeja de patatas recién fritas. De camino a coger nuestro coche veíamos cómo la gente de Almendra seguía en la calle disfrutando del sol de febrero.